

Memoria de una guerra en Grandes Periodistas, Grandes Escritores III.

María Florencia Seré.

Cita:

María Florencia Seré (2012). *Memoria de una guerra en Grandes Periodistas, Grandes Escritores III.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/mf.sere/53>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p8qm/nZK>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MEMORIA DE UNA GUERRA

Por María Florencia Seré

Recostado en la bañera comenzó a estudiarse frente al espejo, nunca antes lo había hecho. Advirtió que su rostro lo delataba demasiado, la profundidad de sus ojos, las arrugas que se dibujaban en el contorno de su boca, las mejillas que colgaban de su rostro y el cabello entrecano, evidenciaban su fragilidad, su sabiduría, su vejez.

Apartó la vista y lo colocó suavemente en el suelo mojado. Miró sus manos, estaban manchadas por el paso del tiempo, las encontró ajenas, no las sentía suyas, las que alguna vez conoció habían quedado perdidas en alguna etapa de su vida y no pudo recordar en cual. Se hundió dejando que la nuca roce el agua, un recuerdo que creía perdido apareció de repente.

Corría el año 1945 y estaba a punto de pisar tierra inglesa, lo que le producía una mezcla de sensaciones. Por un lado se sentía un periodista reconocido y exitoso, un verdadero formador de opinión; por otro, las circunstancias que lo habían llevado a ese país no eran muy reconfortantes. En plena guerra mundial, Gran Bretaña era la base de las fuerzas aliadas para delinear las estrategias que se llevarían a cabo contra Hitler, y Augusto era el encargado de informar a los lectores del diario paraguayo El País, de Asunción, los acontecimientos que se estaban sucediendo.

Al bajar del Liberty, uno de los buques que llevaban trigo

desde Buenos Aires, y poner un pie sobre el puerto, miró su reflejo en el agua, parecía ser más fiel que un espejo por el grado de nitidez que portaba. Se acomodó el pelo negro azabache entumecido por la capa de gomina e intentó adiestrarlo, pero el movimiento oscilante del barco se había encargado de enmarañarlo; acarició su barbilla tersa, corroborando estar bien afeitado y giró la cabeza unos 25 grados para observar su perfil, la prolijidad de su imagen lo hacía parecer un hombre "exitoso, campesino y latinoamericano", pensó Bastos.

El viaje había sido una verdadera pesadilla, se trataba de un convoy de ochenta a cien buques que navegaban la ruta polar haciendo escala en Islandia. Para él se trataba de una iniciación, mientras los cohetes V-2 de Von Braun atacaban Manchester y Londres.

Una vez fuera del barco tuvo la impresión que acababa de salir de una burbuja de pescado; silencio y tranquilidad, en la que sólo se escuchaba el tintineo de las cadenas de las anclas que algunos marines se encargaban de elevar, con la cara roja y las expresiones más vívidas que nunca, inundando el ambiente de ese aroma que se asemeja a la hombría. Para adentrarse en una selva espesa de semáforos, camiones y colectivos de dos pisos, edificios de gran altura, muchos (por no hacer mención de la mayoría) en reconstrucción; pero lo que más le llamaba la atención a Augusto, no eran las innumerables obras para recuperar los inmensos hogares y oficinas, sino los transeúntes que caminaban con paso preocupado y firme con los niños agarrados fuertemente de la mano, mirando hacia todas las esquinas que los rodean, con miedo.

Él era periodista, conocía todas las versiones de la realidad que estaban a su alcance, pero una cosa muy diferente era observar como un pasivo espectador la noticia en vivo, sucediéndose frente a sus ojos. Comenzó a caminar en busca de un transporte que lo lleve hacia el hotel, pero en primera instancia

le compró un periódico a un muchacho lánguido y débil, que en cualquier momento sería derrumbado por el peso de los diarios. Le dedicó una sonrisa y se subió en el coche.

Durante el trayecto, comenzó a hojear distraído el matutino, no quería mirar por la ventana, a pesar de ser su primera vez en Inglaterra, el paisaje no era del todo alentador, "si por algo me invitaron, no fue a tomar té", pensó. El copete de una de las notas gritaba que le presten atención.

"Thousands of Allied troops have begun landing on the beaches of Normandy in northern France at the start of a major offensive against the Germans".

La guerra había dejado su huella por toda Europa y le tocaba a Augusto recoger los pedazos para presentárselos lo más limpios posibles a todo el Paraguay. Se sentía presionado por el rol que le tocaba interpretar, pero lo reconfortaba saber que si estaba en ese lugar era porque se lo había ganado. "Vaya premio", se dijo.

Una vez llegado a la residencia que lo alojaría, agradeció al chofer y se quedó allí parado, sin saber para dónde ir. Debía entrar, registrarse y darse una ducha, era simple, pero sentía que apoyar un pie en el hall de entrada significaría una nueva etapa en su vida, un cambio al que debería enfrentarse colmado de fortaleza. Respiró hondo y entró.

Roa Bastos había recibido una beca del British Council para viajar por toda Inglaterra y preparar materiales sobre América Latina para los programas de la British Broadcasting Company (BBC). Sería el primer locutor paraguayo que participe en esta empresa.

Recostado en su cama comenzó a entredormirse, pestañaba de tanto en tanto de manera cada vez más prolongada. Cuando por fin se rindió al sueño sonó el teléfono, era el director de la BBC citándolo para una entrevista con él a la brevedad en uno de los bares que habían sobrevivido al paso de la guerra. El propósito de su viaje comenzaba a delinearse.

El encuentro con el gran magnate no fue del todo grato, lo

ofendió que le hable como a un principiante que provenía de la granja latinoamericana.

-Desde el bombardeo contamos con 40 mil muertos, no se si está enterado, y es de inmensa importancia que el mundo sepa sobre la pérdida que ha sufrido el Reino Unido y el Bloque Aliado, y desde luego América Latina también.

Era periodista, por supuesto tenía conocimiento de esa información y no provenía de una huerta sino de un país en crecimiento, formado en su núcleo por leyes y normas, en el cual se gestaban cerebros increíbles que no merecían más que respeto y profunda admiración.

-Le voy a demostrar que el público sudamericano tiene la misma sed de noticias que cualquier otro en el mundo señor.

Así, mientras residió en Inglaterra, Roa Bastos continuó enviando artículos a El País, especialmente sobre la liberación de Francia, que fue el suceso más trascendente que le había tocado enfrentar desde su posición geográfica y profesional. Las notas transmitían la fuerza de su palabra y su opinión, ricas en estilo y tan fervientes como la declaración de un testigo clave en la pieza histórica que le había tocado vivir.

André Malraux, novelista y político francés, conocedor del trabajo al que Augusto había dedicado todo un año, lo invitó a París. Él accedió inmediatamente, atraído por la situación de aquel país, tenía muchas cosas que hacer allí, además de conocerlo.

Lo primero que hizo al llegar a su habitación de estilo romántico venida abajo, fue sentarse en un pequeño banquito de madera labrada al lado de una mesa diminuta que poseía un teléfono, sacar su agenda de contactos que estaba hecha añicos por el excesivo uso y el paso del tiempo, y empezar a hacer llamadas. Pasó largas horas hablando con distintas personalidades, por momentos debía correr el oído del auricular porque lo sentía ardiente en temperatura y las voces cada vez las sentían más fuertes y extenuantes.

Por fin, luego de una larga cadena de comunicaciones, en la que cada eslabón lo iba llevando hacia el otro, logró comunicarse con el secretario del general De Gaulle, el jefe militar más visible de la Francia liberada. Durante la invasión francesa, en 1940, había tratado de convencer al Gobierno que se establezca en Argel, donde el país se podría recuperar, se opuso a su antiguo jefe que había colaborado con los nazis y escribió su opinión sobre la guerra en el libro *L' Appel*.

Pudo concretar una entrevista personal con este emblemático personaje, que estaba enterado del excelente trabajo de análisis que el periodista le había dedicado a la liberación. El encuentro fue imponente y no fue necesaria la lista de preguntas que había punteado desprolijamente en una servilleta teñida de café, la conversación se dio naturalmente, Augusto conocía en profundidad la obra del general y éste se había devorado con los ojos todos sus artículos.

Cuando un joven periodista le había preguntado a Roa Bastos sobre aquella visita que había quedado inmortalizada de más de un lector, él había contestado irónicamente: "En realidad no fue gran cosa, pero en otro sentido fue muy importante para un campesino como yo que provenía de un alejado país como el Paraguay"

Se le escapó una risa que no pudo contener, aquella fue suficiente para poder despertarlo de aquel profundo recuerdo en el que estaba sumergido, estiró las piernas levantando la cabeza del agua.

-El propósito del viaje se cumplió con creces- reflexionó él en voz alta desde el empañado cuarto de baño.

Había logrado cambiarle el significado a la palabra "campesino", que en un primer momento era considerado como un menosprecio; hoy lo portaba con orgullo, porque en su obra había procurado recuperar la dignidad de ese término. Podía y puede significar estar aislado, pero también significa una vida en comunión con la naturaleza de la historia.